

Compilación de
PASCUAL SCARPINO
ORNELLA MARITANO
PAOLA BONAVITTA

Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América



Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América

Compilación de

Pascual Scarpino

Ornella Maritano

Paola Bonavitta

Colecciones
del CIFYH 

Escrituras anfibias: ensayos feministas desde los territorios de Nuestra América / Adriana Amparo Guzmán Arroyo... [et al.]; compilación de Paola Bonavitta; Ornella Maritano; Pascual Scarpino; prólogo de Eli Bartra; Mariana Palmero. - 1a ed. - Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2021.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1645-0

1. Feminismo. I. Guzmán Arroyo, Adriana Amparo. II. Bonavitta, Paola, comp. III. Maritano, Ornella, comp. IV. Scarpino, Pascual, comp. V. Bartra, Eli, prolog. VI. Palmero, Mariana, prolog. CDD 305.4201

Publicado por

Área de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades - UNC

Córdoba - Argentina

1º Edición



Área de

Publicaciones

Diseño de portadas: Manuel Coll

Diagramación: María Bella

Imagen de portada: *Collage* realizado por María Cecilia Johnson

2021



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional.



La(s) universidad(es) como territorio(s) de disputas feminista(s)

Andrea A. Benavidez*

Valeria B. Gili Diez†

El territorio universitario, vinculaciones posibles

Nuestro tiempo se encuentra signado por el tratamiento de las desigualdades producidas en función de las relaciones de género en la Educación Superior, entre otras instancias de debate. Es cierto que el proceso no es lineal ni homogéneo, en cada universidad se dan espacios para poner en diálogo y tensión esta problemática que conforma una preocupación de agenda nacional e internacional. Por su centralidad en la configuración de las sociedades contemporáneas, la Educación Superior aborda los cambios sociales desde una posición epistemológica que requiere revisiones profundas, que permitan objetivar las relaciones de desigualdad inscriptas al interior de las universidades nacionales. En este sentido, abordar a la universidad en tanto territorio, permite poner de manifiesto las tensiones que subyacen al problematizar las tramas de interacción desde esas conceptualizaciones en clave feminista. Como sostiene Graciela Morgade (2018) las universidades funcionan con dos lógicas centrífugas; por un lado, como una caja de resonancia de las problemáticas de las sociedades contemporáneas y, por otro, como reproductoras del patriarcado.

No podemos desconocer que, en este contexto, el Estado y las instituciones de la sociedad civil juegan un papel relevante, manifestando tramas complejas en su interior. Acordamos con Claudia Anzorena (2017) cuando explica que los estudios sobre las políticas públicas, las organizaciones, la planificación social y la intervención estatal, se centran mayormente en cuestiones socioeconómicas o de clase (pobreza, desigualdad, producción, consumo, seguridad, entre otras) y el sexo/género se toma como

* Universidad Nacional de San Juan.
andreabenavidez@unsj-cuim.edu.ar

† Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de San Juan.
valeriagili@unsj-cuim.edu.ar

una variable demográfica, secundaria o que afecta sólo a una parte de la población. Es decir que no se consideran a las relaciones de género como inherentes a la acción estatal, como un elemento que organiza la intervención misma del Estado como proceso. Estas características se encuentran presentes en diversos grados, de manera transversal, en los espacios laborales, de salud, educativos, gubernamentales, de esparcimiento y otros. Forman parte del sistema cultural vigente que, en muchos casos, reproducen las lógicas clásicas sustentadas por el patriarcado -hegemónico y occidental- con el que se han venido constituyendo los espacios sociales tanto públicos como privados.

En lo que concierne a las universidades del sistema público argentino, encontramos que el tratamiento integral de las problemáticas relativas al género conforma una deuda histórica que implica –al menos– revisar las bases que fraguaron la Educación Superior tal como hoy la conocemos (Medina y Tommasino, 2018). En este sentido, es imposible evadir la potencia de la Reforma Universitaria de 1918, como hito simbólico de las múltiples luchas que forjaron la educación pública superior en Argentina. Sin embargo, como explica Rinesi (2018): “Hay un campo en el que la promesa igualitarista de la Reforma del 18 tiene todavía un largo camino para recorrer, y es el de las relaciones entre los géneros en nuestras instituciones” (p.2). Tomando el señalamiento del autor podemos inferir que, al leer el Manifiesto Liminar (1918) que comienza sosteniendo: “Hombres de una república libre, acabamos de romper la última cadena que en pleno siglo XX nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica” (p.5), se pone en evidencia que los reformistas de aquel entonces no contemplaron la posibilidad de pensar a las mujeres y diversidades que convivieron en la universidad pública. Junto con ello, la Ley 24.521 de Educación Superior (LES) sancionada en 1995 en Argentina refleja una continuidad problemática en tanto tampoco se ocupa de las relaciones de género en el sistema universitario.

Estos antecedentes con vigencia actual convocan a revisar los discursos y leyes que enmarcan las posibilidades concretas, a la hora de que las personas que ocupan puestos de poder instrumenten políticas educativas con perspectiva de género, habilitando así prácticas pedagógicas en esta misma dirección. Esta necesidad de una política educativa que aglutine las diversas voluntades se expresa no únicamente en la Universidad Nacional de San Juan (UNSJ) –de la que formamos parte–, sino que constituye el

reflejo de la situación de la Educación Superior a nivel nacional. Como consecuencia, se fomentan decisiones sin un eje vertebrador común, tal es el caso de la Universidad de Buenos Aires (UBA), institución que en el año 2017 lanzaba el primer seminario virtual de formación docente en género o la paridad en la conformación de sus órganos directivos y superior. También es el caso de la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), la cual adhirió a la “Ley Micaela”, por citar algunas experiencias de voluntades inconexas que sientan precedentes positivos –aunque no suficientes– en materia de género y Educación Superior.

En el informe “Mujeres en el sistema universitario argentino. 2019-2020” realizado por la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU) de la Nación, se explicita que

En cuanto a los recursos humanos de las universidades nacionales, vale destacar que existe paridad de género entre los cargos docentes y no docentes. Sin embargo, dicha paridad se desajusta cuando se analiza la distribución según cargos y género de autoridades superiores, donde las mujeres representan el 42,8%. Además, se debe prestar especial atención al hecho de que a medida que se incrementa la jerarquía del cargo, disminuye la participación de las mujeres. (2020, p.4)

En clave de pensar la Sociología de las Ausencias y de las Emergencias (De Sousa Santos, 2006) entendemos que la política institucional y la política educativa con perspectiva de género se construyen por capas, componiendo una lógica compleja que pone sobre la mesa las relaciones de poder al interior de las universidades. En la actualidad, en el ámbito de las políticas públicas, la institucionalización y transversalización de la perspectiva de género representan una herramienta estratégica para la equidad. Un ejemplo concreto son los Objetivos de Desarrollo Sostenible que, más allá de las controversias, representa la intencionalidad –siempre política– de las Naciones Unidas para atender a través de los objetivos 4, 5 y 10 las problemáticas a las que aquí estamos haciendo referencia.

Desde nuestro posicionamiento, entendemos que el tratamiento de las relaciones sexo–genéricas requieren –de manera urgente– un trabajo sostenido de intercambio de voces presentes en las universidades argentinas, como puntapié para acercarnos a la construcción de pluralidades necesarias que integran a la universidad como un territorio. En este sentido, comprendemos el territorio como espacio de vida y proyecto político

(Santos, 1996; Porto Goncalves, 2009), lo que apunta a romper con una de las tantas dualidades que sostienen al pensamiento científico, blanco, patriarcal y colonial. Esta última enunciación hegemónica entiende a la universidad por fuera de las relaciones sociales de su tiempo. Sin embargo, la universidad es sociedad.

Senti-pensar la universidad como territorio, implica colocar la dimensión de las relaciones sociales y de poder en el centro del debate, atendiendo a la multidimensionalidad en la forma de abordaje (Altschuler, 2013). En esta dirección, nos parecen significativos los aportes de Raffestin (1993) en tanto nos permiten pensar el territorio desde su perspectiva semiológica, es decir, considerando los aspectos simbólicos. También, la actualización de estos debates a partir de los aportes que desde la geografía brasileña se proponen, nos conduce, de la mano de Lopes de Souza (2001), a una franca oposición con la idea homogénea de territorio, el que entendemos como “un espacio definido y delimitado por y a partir de relaciones de poder” (p. 78), es decir, como un:

[...] campo de fuerzas, una tela o red de relaciones sociales que, a la par de su complejidad interna, define, al mismo tiempo, un límite, una alteridad: la diferencia entre “nosotros” (el grupo, los miembros de la colectividad o “comunidad”, los *insiders*) y los “otros” (los de afuera, los extraños, los *outsiders*). (p.86)

Entonces, ¿cómo se configura la universidad como territorio? Un posible sendero de exploración conceptual nos lleva a cuestionar un primer límite constitutivo y hegemónico que propaga el ideario de una universidad de sabios y una comunidad de ignorantes. A partir de estas interpe-laciones que actualizan el debate clásico entre doxa y episteme, es posible re-pensar la universidad como un territorio en sí mismo, en el que cohabitan sujetxs que se relacionan diferencialmente en función a la cuota de poder que poseen y pugnan por establecer criterios legítimos tendientes a la territorialización de sus prácticas y discursos.

Volver a la metáfora, “pisar el territorio”

El giro epistemológico que los movimientos feministas han aportado abrió una nueva senda para pensar las condiciones de producción del conocimiento en relación con las universidades. La tierra que pisamos y las

consecuencias de las acciones que emprendemos, atravesaron las epistemes a partir de rechazar la idea de neutralidad científica en relación a la naturaleza (Alimonda, 2011). La presencia creciente de mujeres universitarias muestra cambios profundos en las formas de pensar en el conocimiento como en los territorios. Se visibilizan experiencias en diversos ámbitos que en el trabajo pedagógico muestran continuidades.

En el 2016 sesionó la III Jornada Nacional de Ecología Política donde Claudia Korol profundizó en los saberes provenientes del ecofeminismo. *Cuerpos y territorios. Las mujeres en la defensa de la vida diversa y de la libertad* (Korol, 2017) fue el nombre de esa memorable conferencia de cierre que dejó una conversa abierta. Esa clausura que abre al diálogo en clave de territorios de disputa hace pensar en los otros modos de hacer universidades. Las líneas que unen los debates en torno a ecofeminismo, género y ecología interpelan el sentido sobre el que se proyecta el conocimiento académico en clave de las nuevas pedagogías que son necesarias trabajar.

Conviven de forma tensa las tradiciones académicas con marcas conservadoras y patriarcales y los nuevos modos de pensar el conocimiento universitario. En ese sentido, la construcción de epistemes adversas (Benavidez, 2018) resulta una posición fuerte de discursos contrahegemónicos que interpelan a los espacios académicos. Esa tierra vista por el mercader nos ha legado una visión de *descubrimiento* propia de la lógica expansionista eurocéntrica. No es la misma tierra evocada por Claudia Korol para dar cierre a unos días en los que las discusiones sobre los conflictos territoriales, tramas de resistencia y presencia de mujeres y diversidades en lugares de coyuntura política, fueron el foco de análisis. Luego de la irrupción del movimiento feminista en el campo académico, en consonancia con los enfoques latinomaericanistas, es la misma caracterización epistemológica de contexto de descubrimiento la que se agrieta porque deja ver la relación de poder entre conocimiento y la conceptualización que los configura. En esta clave de interpelación es que nos encontramos indagando en los múltiples sentidos de la universidad como territorio; nos referimos a las prácticas colonizadoras y patriarcales que los feminismos disputan en ellas.

Tensiones entre lo pedagógico y lo epistemológico

Los diálogos académicos que vinculan las contribuciones de saberes en torno a lo pedagógico y las formas de producción y reproducción de conocimiento, reclaman la convergencia de cambios paradigmáticos en la educación universitaria (Galoviche, Bonavitta, Benavidez, 2020). En este marco, la demanda para la transversalidad de contenidos de género en los diseños curriculares interpela al canon que configura los saberes disciplinares. Las tensiones son complejas y las consecuencias enormes. Se trata nada menos de qué tipo de conocimiento circula en las aulas. Los cambios sociales que vienen siendo producidos por los movimientos feministas han disputado el lugar en las calles y ahora de manera inevitable lo hacen en las aulas. Las prácticas pedagógicas reciben el impacto, por una parte, del lado de las nuevas tecnologías y, por otra, de los aportes del feminismo. En esa disyuntiva se cuestionan de manera sostenida la función social que cumple el conocimiento y las universidades como legitimadoras de esas prácticas. El proceso en el que actualmente nos encontramos no es menor, ni tampoco puede ser soslayado ya que la atención de las mujeres y disidencias en la academia sobre las prácticas patriarcales se focalizan de manera insistente en lo que ya no puede ser admitido como válido.

Las prácticas pedagógicas están siendo observadas de manera profunda y no es para menos. Las pedagogías feministas convocan dimensiones que históricamente han resultado excluidas de los claustros y en ello quizás reside también su resistencia. Esas líneas de confluencia cuestionan el androcentrismo e instan a revisar la bibliografía donde autores canónicos, la mayoría varones, han configurado temas y problemas de conocimiento. También, problematizan los modos de ejercicio de poder en las aulas y las prácticas pedagógicas que reproducen relaciones verticales. Éstas no reconocen los aportes culturales diversos y se ubican de manera incómoda en las aulas (Walsh y Rodrigues, 2021).

Estas hibridaciones llevan a líneas más profundas de análisis porque, al descentralizar la producción y circulación del conocimiento de actividades mentales de manera exclusiva para incorporar los cuerpos de docentes-estudiantes, resulta ineludible la revisión de la praxis epistemológica. No es ya el saber hegemónico y canónico el que ocupa el centro del conocimiento sino las propias condiciones de producción. De la misma manera, las consecuencias no deseadas que conlleva una ciencia descen-

trada de la vida, confrontan a los modelos educativos desde las lógicas del sentido (Díaz, 2010).

Desigualdades y liderazgos en la Educación Superior: El caso de la Universidad Nacional de San Juan

En este marco, problematizamos la existencia de prácticas colonizadoras y patriarcales que los feminismos disputan en la UNSJ, al reconocer desigualdades de género en el acceso a la gestión, los estilos de liderazgo y las tareas desempeñadas por quienes se encuentran en cargos directivos. Es claro que esta desigualdad no es siempre percibida, lo que resulta muy preocupante al no ser advertida -en algunas ocasiones- por quienes se encuentran en cargos de gestión.

Cuando indagamos en la percepción de los/as encuestados/as respecto de las desigualdades de acceso y permanencia en la gestión, observamos que para el 65% de los hombres no existen desigualdades de género para acceder a los principales cargos en la universidad. En el mismo sentido, el 48% de las mujeres afirmaban que no existen tales desigualdades. Si bien en la distribución total de cargos hay más mujeres que varones, los datos recolectados nos permitieron evidenciar que los puestos de mayor jerarquía están ocupados mayoritariamente por varones, mientras que la proporción de mujeres aumenta en los cargos de menor rango (Benavidez et al, 2018).

En la UNSJ puede registrarse la existencia de una segmentación horizontal que asigna a las mujeres tareas de compensación, así como también una segmentación vertical, dado que -más allá de candidaturas concretas- lo cierto es que en la historia de la UNSJ nunca hubo una Rectora. Sería pertinente la categoría “laberinto de cristal” (Eagly, A. H., Eagly, L. L. C. A. H., Carli, L. L., & Carli, L. L., 2007) para evidenciar que las mujeres pueden llegar a puestos jerárquicos, pero tienen que transitar un recorrido complejo y sinuoso. A medida que las mujeres ocupan cargos públicos de gestión, éstos entran en conflicto con sus actividades domésticas, lo que implica en muchos casos una doble y triple jornada laboral.

Por otra parte, encontramos diferencias en la apreciación sobre el acceso a los espacios de gestión y el liderazgo femenino. Mientras algunas mujeres no dudan en que las conquistas de espacios institucionales se encuadran en los derechos de las minorías y las mujeres entre ellas, otras no

consideran que ocupar cargos de gestión tenga alguna vinculación con el género sino con las capacidades personales o trayectorias propias. Estas percepciones ponen en evidencia los desafíos que atraviesa el territorio universitario para la incorporación de la perspectiva de género y los debates que los feminismos reclaman.

Otras lenguas: ¿Y nosotras qué?

Las formas de vinculación entre universidad y sociedad también dan cuenta de las transformaciones necesarias que develan las disputas patriarcales. Ahora bien, ¿cómo se están trazando las nuevas modalidades de producción de conocimiento que se encuentran atravesadas por una revisión crítica que emerge desde los feminismos de(s)coloniales?. De manera conjunta, encontramos que mujeres y disidencias identificamos problemáticas y sentires comunes de diferentes puntos de nuestra abigarrada Latinoamérica¹. En este tejido colectivo evidenciamos los modos en los que los espacios participativos y emancipadores, desde los que muchas veces construimos territorios, siguen encubriendo formas de dominio y reproduciendo prácticas de violencia patriarcal. Con dolor, encontramos que, a pesar de todo el camino andado y de las herramientas que el feminismo nos proporciona, aún hoy el CISTema de opresión patriarcal opera a través de la segregación sexo-genérica al interior de las universidades. Entonces nos organizamos en ronda para saber-nos sobre nuestras trayectorias personales en claves de políticas pedagógicas. Nos propusimos un diálogo escrito, para contar y contarnos lo que tantas otras ya hicieron y harán. Pasar de la palabra escuchada a la leída nos ha resultado un ejercicio necesario en nuestras prácticas epistémicas, pedagógicas y construcciones de identitarias, y aquí hablamos:

Andrea: Esto de sentarnos en ronda a conversar sobre lo que pensamos, sentimos, vivenciamos es ancestral pero no por antiguo resulta sencillo. Estamos con ganas de decir, de escuchar, de mirarnos, de aprendernos. Se transforma el espacio cuando desarmamos las filas porque nos molestan esas líneas rígidas en las aulas, desordenamos los bancos, nos acomodamos con nuestras corporalidades. Escribir el pensamiento sentido como emociones múltiples que se traman. Siento y a veces percibo el sentir de

¹ <https://feminismosparticipativos.wordpress.com/>

la(s) otra(s) cerca. Lo que se enseña en las universidades no nos incluye, no somos los sujetos enunciativos que han dado a lugar a las premisas, pero ellos parecen no notarlo. ¿O acaso es que no les importa o lo hacen a sabiendas? Como estudiante sentada en esas filas que ahora me apenan tanto, me recuerdo. Ya no estoy ahí, mi mente vuela, imagino comunicaciones donde lo que se dice me incluya. Un año y otro esperando que esos libros digan algo de Latinoamérica, de mi lugar, aunque sea de manera remota, pero eso no pasa. Hubo una vez, una materia, donde eso sí pasó, donde se explicaba y leía autores que preguntaban por la filosofía en L.A. pero no había mujeres en esos libros, ni en esas clases ellas eran enunciadas. Seguía divagando en mi mente. Descentrada de mi propio cuerpo, pero no de mis pensamientos, me aferraba a mi mente. Se terminó la licenciatura y tuve otras oportunidades de posgrado, en otro continente. Fue un momento de quiebre tremendo cuando en aquella charla apasionada con un compañero francés me di cuenta. Pensábamos de una manera muy semejante, habíamos leído muchos autores del canon filosófico, podíamos tener una conversación intelectual que nos aunaba y eso me produjo una rara sensación de entendimiento a pesar de todo. ¡Eres de los nuestros!, me dijo, ¡y no quise serlo! Ahí, justo ahí, me di cuenta y el suelo que pisaba comenzó a moverse lentamente. Tuve una vivencia de vértigo tremenda. ¿Cómo podía ser que pensáramos tan parecidos los problemas, que viéramos las cosas de manera tan semejante, que apreciáramos a los autores filosóficos con tanta cercanía, que su Foucault y el mío se parecieran tanto? Allí lejos, en Cuyo, yo era europea. Me di cuenta de mi formación europea, pero todavía no sabía decir eurocéntrica. Tan lejos de mi tierra perdí las certezas, caí en la cuenta de mi pensamiento de Hombre Moderno y empecé a llorar como lloramos las mujeres. Volví a aquella casa que habitaba, aturdida, descentrada, miré a mi pequeña hija, me vi desfasada de mí misma. ¿Qué había estado estudiando todos esos años en la universidad? ¿Cómo había permitido que el disciplinamiento me instituyera la mirada? ¿Cómo podía una chica de clase media, que trabaja y estudiaba pensar casi igual que un varón francés que vivía, viajaba y todo lo tenía? Yo pensaba como un hombre europeo y ese descubrimiento fue algo que sólo pude ver como edificante años más tarde porque en ese momento morí una de mis tantas muertes. ¿Sentía como un hombre también? ¿Acaso todas mis experiencias tenían una fragua que me convertía en eso que era con treinta años? ¿Qué otras partes de mí ser estaban mas-

culinizadas? Miré en el mapa dónde estaba Argentina y la vi pegada a Chile, a Bolivia, a Uruguay... ¿Acaso había pensadores y pensadoras en esos lugares también? Miré el continente horrorizada porque sabía casi nada de todo ese territorio tan, tan extenso. Me inundó el silencio y desde entonces lo aprecio en sus matices. Quise sacarme todo eso que tenía incrustado en mi mente y no pude porque allá estaba Aristóteles, aquí Kant más allá Descartes, Nietzsche... Escribí una lista de los pensadores que había estudiado. Era una lista muy larga donde había una sola mujer, Arendt, y recordar ese libro sobre la condición humana terminó de perturbarme del todo. Tuve que acostarme para no morir de angustia ahí mismo. Al otro día, con el sol alto reaccioné como quien atraviesa un desastre irremediable. Había literatura, en ella estaban las voces de las mujeres y comencé a respirar otra vez. Comencé a moverme lentamente por las calles mirando a la gente como por primera vez. Volví a la biblioteca y miré la lista de filósofas que allí había. No eran pocas pero todas desconocidas para mí. Empecé a leer a María Zambrano como quien se agarra de una soga al borde de un acantilado, Razón poética. Supe de su vida, de su huida, del exilio, de lo que le pasó a ella y a su hermana. Lezama Lima, Latinoamérica era la literatura. ¿Qué más había? Pasaron los días muy despacio en ese tiempo y las noches fueron fértiles para la lectura como nunca. No sabía qué hacer, sin importar lo que caminara o hiciera me sentía enjaulada. Presa de mí misma, empecé a desconfiar de lo que pensaba, de lo que intuía, de lo que elucubraba y comencé el laborioso trabajo de olvidar. Terminé la maestría y luego me doctoré. Hombres, sabios, todos muertos y agigantados ocupaban mi mente y mi tiempo. ¿Qué más habían usurpado de mi ser? Comencé a entender.

Volví a mi país, a mi ciudad, a mi universidad, pero no pude volver a esa filosofía, a esa filosofía aprendida. Debía ahora enseñar todo eso contra mi voluntad. Me escindía entre la docencia y mi peregrinar interior, me seguía armando/desarmando/rearmando.

Giro decolonial, giro genérico, giro epistémico, me di vuelta tantas veces que perdí la cuenta. Giró el mundo y no me caí, ¿qué me sostuvo? Me lo pregunté hasta encontrar respuestas, la ficción literaria me restauró la cordura. Volví a caminar con paso más certero, más firme y fui ganando la confianza en mis sentires que eran otros, tan otros. ¿Qué otras cosas se resquebrajaron en ese trepidar de vidrios? El lenguaje, eso a lo que llamaba experiencias vividas. Miré mi biblioteca llena de nombres de

varones y la desconocí, empecé a regalar los libros que con tanto sacrificio había comprado durante años y con tanto gusto había leído-pensado. Ya no los quería más cerca de mi cuerpo. En mis manos hambrientas de conocimiento ya no los acurruqué más. No sostuve a más ilustres varones con mis manos. Seguí aprendiendo a olvidar. Ejercité las técnicas del olvido sistemático, me discipliné en desechar mis pensamientos cada vez que me hacían percibir como verdades eso que eran palabras impresas, sin contextos, sin sentido en adelante. ¿Qué tenían adentro esos trayectos que terminaban en títulos de licenciado, máster? Mi último título dice Doctora con a y no con o.

Frágil, como quién lo ha perdido todo en un incendio, comencé a estudiar otra vez. Comencé a caminar una nueva senda y leer nuevos libros. Ahora sí con mi cuerpo como aliada, con mis emociones tiritando, con mis llantos frente a la violencia simbólica que en todas partes aparecía, con mi nueva piel. Me indiscipliné. Otras lecturas, sin especificidad disciplinar, sin recortes curriculares, fragmentándolo todo. Comencé a descubrir pensamientos fértiles en muchos lados “otros”, en ellas.

Latinoamérica era poblaciones originarias, universidades del sur, desigualdades, pensadoras guerreras que contaban una y otra vez la misma historia de segregación genérica. Ellas hablaban de otras cosas, decían de la tierra, de las mujeres, de las invisibles. Escribían hegemonía y no decían Gramsci, decían territorio con las manos sucias de tierra. Decían siento más veces que pienso. Decían no sé sin vergüenza. Enseñaban que competir no es lo mismo que compartir. Usaban voces confrontativas, lésbicas, indóciles, maternales, amigas, coeducadoras, compañeras, amantes y perplejas. Mezclaban las tareas hogareñas con las calles llenas de mujeres que rechazaban la palabra histeria. Decían saberes y despreciaban la academia. Decían universidad, ponían las sillas en rondas y eran cadenciosas en las miradas. Decían política y salvaban mujeres de las muchas formas de muertes. Usaban el silencio como escudo y de eso yo sabía bastante. Me fui calmando, acomodando en mis espacios, escribiendo mis trabajos, construyendo mis espacios. Volví a pensar en la filosofía, comencé a unirlos los pedazos y a coserme los huecos. Volví a la universidad y me encontré con las disciplinas, los anchos márgenes de las ciencias de la salud, también eso que llaman lo social, fui dando pasos al costado una y otra vez cada vez que me sentí incómoda. Aprendí a moverme más rápido entre varones blancos hegemónicos y entre mujeres patriarcales. Volví a

pensar con claridad en medio de la gente en lugar de la soledad del *paper* y fuera de los claustros, con otras mujeres que también me contaron sus días de tierra movediza, de heridas epistémicas, de saberes alternativos.

Ya que estaba, tomé las calles nuevamente y fui a ver cómo era todo eso otro que antes de irme no pude ver. Dejé de decir yo y dije nosotres. Abandoné la homogénea palabra mujer. Me puse los nuevos ojos, pero no di prioridad a la vista sobre mis otros sentidos porque sé que a veces engañan. Aprendí lo nuevo que había en mí, esa corriente eléctrica que me vibra en el cuerpo y me dice que algo no va bien. Cambié la palabra experiencia por prácticas. Aprendí a sentir antes que a pensar. Aprendí a pensar lo que siento como incómodo, como hostil y escribir sobre eso. Comprendí que el pensamiento también puede ser felicidad. Aprendí a ser parte de esas mujeres que hacen otras cosas mientras piensan cómo cambiar sus mundos, siempre juntas. A veces revueltas, a veces equivocadas, a veces descentradas, pero con la convicción profunda de que el patriarcado habita sobre todo en las universidades. ¿Eso está mal? ¿Cómo saberlo? Lo que sí sabemos es que allí donde se produce conocimiento, hay disciplinamiento. Sabemos que pensamiento crítico quiere decir atender al contexto que nos rodea y sumergirnos.

Valeria: Escribimos desde un lugar inevitable, nos identificamos mujeres, somos diversidad sintiente y pensante. Situaciones académicas juntaron nuestras trayectorias para formarlas en un todo diverso de experiencias vividas, atravesadas por la rabia como condimento necesario para habitar un mundo para todes.

¿Cómo entramos nosotras en ese todes? De múltiples formas. Nos aglutina un profundo proceso de reflexividad individual y colectiva, objetivando trayectos, dolores, experiencias formativas, pedagogías, lecturas que desde diferentes territorios de nuestra matriz latinoamericana gesta una experiencia de reflexión y escritura colectiva. Nos reconocemos formando parte, construyendo espacios académicos, nos desandamos en esos mismos espacios académicos que históricamente nos segregaron. Exploramos el dolor como fuerza motora para la transformación social.

Reconociendo a las universidades, institutos de ciencia y técnica, grupos de trabajo extensionista, espacio de militancia como territorios en donde se disputa poder y, junto a ello, los esquemas de clasificación para definir lo que es legítimo en esos espacios de reproducción.

Identificando los obstáculos en nuestras formas de comprensión del mundo, que, como resultado de nuestras propias experiencias de formación en instituciones científicas y patriarcales, continuamos reproduciendo en nuestras planificaciones, en las asignaturas, en las reuniones de claustro, en la relación enseñanza – aprendizaje, entre otras múltiples instancias.

Cuestionando a los autores con los que habitualmente armamos nuestro repertorio teórico-epistémico. Tensionando ese repertorio, preguntándonos ¿de qué manera nos constituyen en nuestro andar las aportaciones de Manuela Sáenz, Rigoberta Menchú, Domitila Chungara, Paulina Luisi, las hermanas Mirabal, Eva Duarte de Perón, Julieta Kirkwood, Leona Vicario, Juana Azurduy, Elvia Carrero Puerto, Javiera Carrera Verdugo, Berta Cáceres, Sandra Cabrera, entre otras? ¿Hay espacio para las identidades no hegemónicas? ¿Acaso nosotras no lo somos? ¿Registramos a Carlos Jáuregui, Lohana Berkins, Pedro Lemebel, Marielle Franco, etc.?

Repensando las formas de decir y lo que se dice, el lenguaje sin dudas es una forma de nombrar el mundo, debemos reconocernos para nombrarnos y viceversa, para acabar con la violencia de la negación e invisibilización. Encontrándonos, como supo decir la Comandanta Ramona (EZLN), quisiéramos que todas las mujeres despierten y siembren en su corazón la necesidad de organizarse porque con los brazos cruzados no se puede construir.

¿Es acaso posible reflexionar y escribir sobre otras sin pensarnos a nosotras mismas, mujeres, personas gestantes, docentes, investigadoras, extensionistas, militantes, compañeras en nuestro propio andar? El encuentro en el subgrupo Género y Metodologías Participativas pone sobre la mesa las diversas exclusiones por las que las mujeres y las diversidades nos enfrentamos para desempeñarnos y ser-reconocidas. ¿Puede ser una casualidad, obra del destino, que mujeres de este continente estén tensionado dimensiones similares de la vida en puntos distantes del mapa? La respuesta es no. Leer y compartir en esta grupalidad es un espejo, allí me veo, allí me construyo, nos construimos y nos transformamos. Nuestro propósito es entretejernos reconociendo nuestro locus de enunciación colectiva.

Somos colectiva porque somos cuerpo, cuerpo en tanto territorio de disputa, como instancia contra hegemónica a quienes proponen que el cuerpo empieza y termina en nuestra cabeza. Bajo los hombros también

se encuentran infinitas posibilidades para generar propuestas más igualitarias en la producción de conocimiento científico, tradicional, de sentido común, entre otros. ¿Cuáles son los cuerpos que molestan, que incomodan? ¿Cuáles son las formas que atentan contra la matriz hegemónica y disciplinar del saber científico? ¿Qué dispositivos son los que operan para fraguarla? ¿Qué posiciones ocupamos en los grupos en los que nos desenvolvemos? ¿Cuáles son las consecuencias que nos hacen pagar cuando nos identifican como subversión? Y ¿cuáles son los dolores que experimentamos y las exclusiones diversas que atravesamos?

¿Cómo generar un artículo, un proyecto, un boletín que cumpla con los requisitos suficientemente importantes establecidos por la ciencia? ¿No es acaso la ciencia una construcción occidental, blanca y profundamente patriarcal? ¿Cómo pensar las propias prácticas desde nuestras corporalidades diversas -con y sin útero- sin que sea despreciado por la mirada hegemónica del saber? ¿Es posible pensar una metodología feminista? ¿Qué tensiones atravesamos en los espacios de construcción de metodologías participativas? ¿De qué maneras entretejemos la profesionalización del feminismo con nuestras prácticas de vida y resistencia?

Hasta aquí hablamos a coro, arrojando un conjunto de preguntas anudadas a nuestras prácticas feministas. Interrogantes, interpelaciones, inquietudes y deseos. Preguntas para seguir desanudando, incomodando, desnaturalizando cada uno de los discursos y prácticas en las instituciones y territorios en los que nos encontramos trabajando, viviendo, sintiendo. El poder del disciplinamiento científicista genera una división de lo sensible, descartando y subestimando la ética y epistemología feminista. Nuestra tarea es urgente. Nunca más sin nosotros.

Bibliografía

- Alimonda, H. (2011). *La naturaleza colonizada: ecología política y minería en América Latina*. CICCUS.
- Altschuler, B. (2013). Territorio y desarrollo: aportes de la geografía y otras disciplinas para repensarlos. *Theomai*, 64-79.
- Anzorena, C. (2017). Lecturas feministas para el análisis teórico y empírico de las políticas públicas. En M. Alvarado, & A. De Oto, *Met-*

odologías en contextos. Intervenciones en perspectiva feminista, poscolonial y latinoamericana (págs. 63-82). Buenos Aires: CLACSO.

Benavidez, A. (s.f.). Epistemologías adversas. *Momento-diálogo em Educa.*

Benavidez, A., Barboza, F., Gili Diez, V., Estévez, M. F., Galoviche, V., Guerra, M., y Pastrán, M. G. (2018). Liderazgo y género en la educación superior: Desigualdades entre académicas y académicos en gestión. *Revista de la Facultad de Ciencias Médicas (Quito)*, 1(40), 67-78.

De Sousa Santos, Boaventura (2018). *Construyendo las Epistemologías del Sur: para un pensamiento alternativo de alternativas* / Boaventura De Sousa Santos; compilado por María Paula Meneses [et al.]. - 1a ed. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO.

De Sousa Santos, B. (2006). La sociología de las ausencias y la sociología de las emergencias: para una ecología de saberes. *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*, 13-41.

Díaz, E. (2010). El rigor científico y sus consecuencias biopolíticas como propedéutica para una filosofía de la educación. *Educação Unisinos*, 14(3), 167-173.

Eagly, A. H., Eagly, L. L. C. A. H., Carli, L. L., & Carli, L. L. (2007). Through the labyrinth: The truth about how women become leaders. *Harvard Business Press*.

Galoviche, V., Bonavitta, P., y Benavidez, A. A. (2020). Diálogo de saberes en torno a la presencia de contenidos con perspectiva de género en la Universidad Nacional de San Juan y la Universidad Nacional de Córdoba.

Korol, C. (2017). Cuerpos y territorios. *Las mujeres en la defensa de la vida diversa y de la libertad*. II Jornadas Ecología Política, San Juan, Argentina.

- Korol, C. (2010). Hacia una pedagogía feminista. Pasión y política en la vida cotidiana. *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*, 1, 181-191.
- Medina, J. M. y Tommasino, H. (Eds.). (2018). *Extensión crítica: construcción de una universidad en contexto: sistematizaciones de experiencias de gestión y territorio de la Universidad Nacional de Rosario*. Rosario, Argentina: Secretaría de Extensión Universitaria.
- Ministerio de Educación de la Nación, Secretaría de Políticas Universitarias, Departamento de Información Universitaria (s/a) Mujeres en el Sistema Universitario Argentino 2019 – 2020.
- Morgade, G. (2018). Las Universidades Públicas como territorios del patriarcado. *Política Universitaria. La universidad hoy*, a, 100. Recuperado de <https://conadu.org.ar/wp-content/uploads/5-ESPECIAL-WEB.pdf>
- Santos, M. (1996). *Metamorfosis del Espacio Habitado*. Oikos-Tau, Barcelona.
- Porto-Gonçalves, C. W. (2009). De Saberes y de Territorios: diversidad y emancipación a partir de la experiencia latino-americana*. *Polis, Revista de la Universidad Bolivariana*, Volumen 8, N° 22, p. 121-136.
- Raffestin, C. (1993). *Por una geografía del poder* (São Paulo: Ática). Trad. Maria Cecília França.
- Rinesi E. (2018). Introducción. *Política Universitaria. La universidad hoy*, a, 100. Recuperado de <https://conadu.org.ar/wp-content/uploads/5-ESPECIAL-WEB.pdf>
- Rivera Cusicanqui, S. (2010b). *Ch'ixinakax utxiwa. Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Buenos Aires: Tinta Limón.

Walsh, C. y Rodrigues, J.F. (2021). “Otro” conocimiento, “otra” crítica: reflexiones sobre las políticas y prácticas de la filosofía y la descolonialidad en la “otra” América. *Revista X*, 16 (1), 54-79. Recuperado de <https://revistas.ufpr.br/revistax/article/view/78195>